



Esta imagen, perteneciente a la película «Fahrenheit 451», puede resultar profética: el mundo del mañana estará controlado totalmente por la TV.

EL máximo de los «mass media» inglés, la BBC, ha sorprendido ferozmente a su público. Es verdad que el programa ofensivo ha sido transmitido a una hora relativamente avanzada —de las 9 a las 10,50 de la noche— y por el canal televisivo en color, captado sólo por unos 150.000 usuarios en posesión de los espectáculos y costosos aparatos. Es verdad que la prensa no ha dado la más mínima publicidad a este sensacional espectáculo. Sin embargo, a las oficinas de la BBC han llovido miles de cartas de protesta. Probablemente, el programa ha sido seguido a través de muchos televisores normales, aunque la transmisión en color sobre estos aparatos haya resultado un poco desenfocada. La causa principal del escándalo ha sido un teledrama de Nigel Kneale —a quien se debe una popularísima serie televisiva, «Quatermass»— titulado «El año de la Olimpiada del sexo».

La acción del drama se desarrolla en un futuro no demasiado lejano, en el que se imagina que la humanidad

ha sido totalmente controlada por la televisión, que se ha convertido en la principal institución del gobierno, instrumento de una dictadura que, gracias a ella, puede incluso prescindir de la policía. En el debate que siguió inmediatamente a la representación fue citado Orwell: como Orwell en «1984» hablaba en realidad de 1948, porque sólo el presente se puede conocer y describir, así, en el año de la Olimpiada del sexo será fácilmente reconocible, más allá de los velos de grotescas ficciones, nuestro tiempo. Igual que aquella novela, este drama no es, en definitiva, una fantasía sobre el porvenir, sino un «cautionary tale»: cuenta lo que ocurrirá, si no... Nadie ha citado la «Lotería en Babilonia», un cuento de Jorge Luis Borges —en «Ficciones»—, donde una lotería se extiende hasta controlar, sobre la base del azar, cada acontecimiento, grande o pequeño, público o privado, de un país entero.

En el 1986 de Kneale se encuentran muchos rasgos, aunque un poco exagerados, de 1968: los hombres llevan

trenzas y visten minifaldas, mientras las mujeres llevan ajustados pantalones. Como hoy, las masas miran mucho la televisión: pero a diferencia de lo que ocurre en nuestro tiempo, la TV de 1986 ha resuelto los problemas que preocupan al mundo.

tv en vez de píldora

Por ejemplo, el problema de la explosión demográfica. En el 1986 de Kneale no hará falta la píldora para detener el aumento de población, sino la TV, que reduce a los espectadores a inertes «voyeurs», persuadiéndoles que «la sexualidad consiste no en el hacer, sino en el mirar». Los espectáculos pornográficos ocuparán las veinticuatro horas del día sobre gigantescas pantallas de televisión, proyectando escenas pertenecientes a una u otra de estas dos series: artsex —sexo artístico— y sportsex —sexo deportivo—. De esta forma, el público se liberará de sus tensiones y aplacará

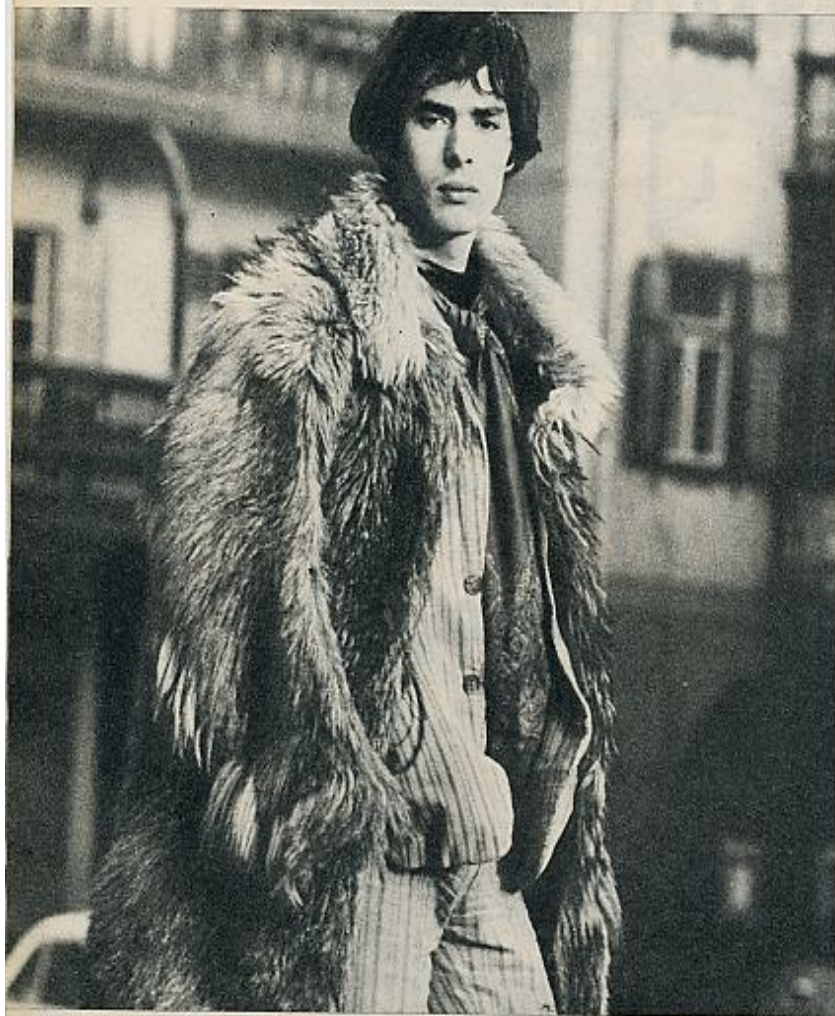
**UN FUTURO
TERRIBLEMENTE PROXIMO**

ASI SEREMOS EN 1986

**LAS PREDICCIONES
DE LA TV INGLESA**

Durante las veinticuatro horas del día, los programas televisivos liberarán las tensiones emocionales del espectador, «nutriéndole espiritualmente...».



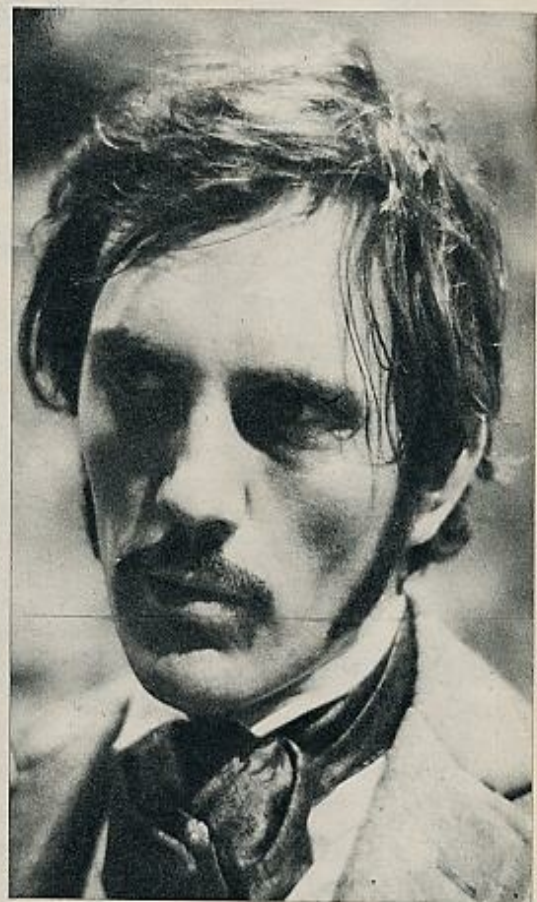


Pierre Clementi y Twiggy representan, con toda probabilidad, la imagen más aproximada del «unisexo» futuro: un tipo ambiguo con componentes, a partes iguales, masculinas y femeninas. Clementi y Twiggy se han adelantado a su tiempo: son los pioneros de ese futuro irremediamente próximo.



ASI SEREMOS EN 1986

Raquel Welch y Terence Stamp, contemporáneos de Twiggy y Clementi, significan, sin embargo, la confirmación de la tradición: ambos responden a lo que se espera del tipo femenino o masculino. No hay ambigüedad en ninguno de los dos. Con ellos se cierra una época y se abre la posibilidad de un futuro.



no sólo el instinto reproductor, sino también su agresividad.

El problema demográfico y el de la guerra tendrán, en fin, una solución única; los horribles tiempos en los que se respondía «al fuego con el fuego, al sexo con el sexo», pertenecerán entonces a un pasado olvidado.

Esto implica una tesis psicológica cuya probabilidad fue puesta en duda en el debate que siguió a la transmisión televisiva. Un participante manifestó que lejos de apagar los impulsos representados, la TV los excitaba. Incluso en la actualidad la TV puede funcionar como excitante. Muchos delitos son sugeridos directamente por la TV. El realizador ha rebatido esa argumentación recordando cómo amansaba Roma a la plebe descontenta con espectáculos circenses y eróticos, en los que la muerte y el amor se desarrollaban a los ojos del público: la civilización griega, por el contrario, no consentía, por excesivamente perturbadora, ni siquiera la representación simbólica de la atrocidad, que era el tema de la tragedia griega. «He estudiado —continuó el realizador— los rostros de los espectadores ante cualquiera de los programas sobre los acontecimientos que se produjeron inmediatamente después del asesinato de Robert Kennedy, e intuí que desde el punto de vista del suceso televisivo, la muerte de Kennedy, el dolor de la viuda y cosas como ésta, eran hechos positivos, que el más atroz era más deseable que el menos atroz».

división de clases

En cualquier caso, en el año de la Olimpiada del sexo la humanidad estará dividida en dos grupos: un noventa y ocho por ciento de Low Drive —gente de bajo potencial psicofísico—, y un dos por ciento de High Drive —alto potencial—. Los primeros, individuos apáticos, de escaso empuje en experiencias personales, no saben leer ni escribir, no hablan y no se comunican; la mayor parte de su existencia transcurre ante el televisor. El segundo grupo, los High Drive, constituyen la aristocracia. Forman una oligarquía televisiva, se consideran «beautiful people», los buenos, desvinculados de una moral sexual, indulgentes hacia las aberraciones de los sentidos, tienen un desprecio enorme por la masa. Están siempre mirando pantallas de televisión que muestran grupos típicos de telespectadores en el acto de mirar la TV. Uno de sus actos es reírse de los «tontos».

Todo esto, ha mantenido el autor en el debate, no es más que una inevitable fase futura de un proceso ya iniciado. En la actualidad se perfila una clara distinción entre la élite «swin-

ging» de King's Road, los artistas, los grupos que determinan y comercian los «valores culturales», que deciden lo que la masa debe leer, ver, decir, apreciar, y que se consideran exentos de las limitaciones del común de los mortales, ciudadanos de una «permissive community». Hoy día existe ya un juego de espejos entre la televisión y el público: por una parte, la gente que mira la pequeña pantalla; por otra, los dirigentes de la televisión que miran a la gente. (Algunos oradores políticos pronuncian sus discursos en la TV con la mirada fija en una manecilla de reloj; si un número demasiado alto de espectadores ha cambiado de programa, el orador lo advierte inmediatamente y puede cambiar de discurso.)

En 1986, para persuadir a la gente que coma menos estará «The hungry angry show» («El espectáculo airado-hambriento»), a base de tortas en la cara, lanzamientos de frutas, etc.; para calmar las tensiones sexuales, las Olimpiadas del sexo: atletas participando en un maratón que recuerda las competiciones televisivas de danza; cada match está comentado por una agraciada «telecronista deportiva». Pero en este mundo completamente deshumanizado, donde los adultos succionan leche y vitaminas esenciales

de un biberón y un niño confunde una ventana con un televisor, puede nacer la rebelión.

Nacerá en el seno del grupo de los High Drive, entre los que se conserva un cierto deformado individualismo: un joven pintor quiere exponer, cosa inaudita cuadros en público; son cuadros parecidos a los de Francis Bacon, representaciones de gritos congelados en bocas monstruosas, imágenes absurdas para personas alimentadas sólo de TV. Pero cuando el pintor se desploma en el suelo y muere en la pantalla, convirtiéndose en algo semejante a uno de sus retratos, el público por fin se anima, ríe: una muerte verdadera, el espectáculo ha tenido éxito. En ese momento, la rebelión se extiende entre los High Drive: con trágicas consecuencias que causan la delicia de los telespectadores.

Los participantes en el debate se han mostrado de acuerdo sobre un extremo: quizá la televisión, como instrumento de banalización de las masas, contribuirá a la solución de las tensiones que hoy día amenazan transformarse en conflictos a una escala más amplia. La alienación colectiva será el precio que pagaremos por salvarnos de la bomba H o de la de cobalto. ■ FRANCESCO RUSSO. Fotos: Archivo TRIUNFO

Ni el hambre, ni las injusticias sociales, ni los problemas sentimentales tendrán sentido en 1986. Tal es la proposición de la película que ha causado escándalo en la BBC. Una escena como ésta sería impensable dentro de dieciocho años...

